

El Silencio de la Muerte

Guillermo Calderón V.
Estudiante de Derecho PUCP

Cuando se levantó dijo: ¿no existe acaso el crimen perfecto?

Se abrió la puerta y, en la oscuridad, se recortó la figura de Martin.

Pasa, te esperaba -dijo Jack-; sabía que vendrías como siempre. Martin sonrió, Jack trató de hacerlo, pero la desesperación se notaba en las contracciones de su rostro. Al abrirle la puerta, abrazó a Martin y éste sintió la angustia de sus manos sudorosas.

Hice bien en venir -pensó-.

Jack lo hizo pasar y se sentó, se veía triste; Martin siempre atento, se dispónia a escucharlo.

Martin, amigo (dijo Jack encendiendo un cigarrillo), hace tres semanas que la mataron.

¿Qué? -pensó Martin sorprendido- ¿la mataron, dices? (no pudo evitar un escalofrío atravesándole la espalda), si no hubo señas de violencia y la policía certificó el accidente -su voz se iba haciendo cada vez más tenue- ¿en verdad crees que la mataron? (exclamó casi susurrando), Jack volteó y no contestó, sólo guardó silencio.

Pasaron dos o tres minutos. Martin se sentía confundido... ¿le afirmaban que el accidente fue un crimen! No era lógico, ¿por qué matarla? Quiso ordenar sus ideas, antes de empezar a hablar. Jack, no puede ser, los agentes Line y Jones sostienen que no hubo robo y ella no tenía enemigos, que razón habría para matarla (con cada afirmación, Martin se serenaba más). Además su cuerpo no presentó golpes, si la hubieran matado, habría luchado, habría huellas, pero nada.

Jack levantó la cabeza, un poco más sereno, e intentó explicarle: no tenía huellas, pues no hubo lucha; no se resistió, o más bien no podía hacerlo (lo decía cada vez más rápido), luego, volvió a caer en el silencio, caminó

despacio por la habitación, deteniéndose frente al estante de licores, sacó una botella, bebió una copa, y le ofreció una Martin, éste sintió un alivio. ¡La necesitaba!

Jack, todavía en silencio, sirvió más vino; Martin, ya más sereno, intentó ordenar su mente. Al cerrar los ojos, rápidamente pasaron visiones de ella, (la veía alegre y hermosa), luego pensó en Jack; no se acordaba desde cuando lo conocía, (pero eran muchos años), se sentía un poco culpable al verlo así, tan triste, Jack no quería aceptar su muerte, no recuperaba el ánimo desde el accidente, porque ¡había sido un accidente!, no comprendía el empeño de Jack en afirmar un asesinato. La policía misma, dijo que había sido un accidente, ¿porqué Jack afirmaba que no?

Martin, sírvete -la voz grave de Jack, lo sacó de sus cavilaciones- sintió a Jack más calmado, quería hablar, explicar algo o simplemente hablar.

La noche estaba clara, inusualmente clara para fines de otoño -empezó Jack con tono seguro- era tarde, en el reloj del estudio acababan de dar las dos.

Ross llegó, guardó el coche, entró y vio la luz en el estudio, abrió la puerta (sintió que le esperaban) en un principio sorprendida, quiso gritar, pero luego sonrió, la figura le era familiar. Se paseó por la habitación, deteniéndose frente al estante de licores, sacó uno, lo abrió y se sirvió un poco. El (parado junto a la ventana) salió de su silencio y preguntó por su demora (en su tono se sentía el temor); ella adivinando la desesperación en sus ojos, no respondió, sólo atinó a huir, pero él fue más rápido y lo impidió, la abrazó y cerró la puerta. Ross intentó zafarse, desesperada, gritó y discutieron un instante (ese pequeño instante que puede destruir el amor). Ross empezó a llorar, él sorprendido (abrumado más bien) la soltó. Al verse libre, Ross salió corrien-

do al tocador y se limpió, se secó las lágrimas regresando más calmada, se sentía, otra vez, dueña de la situación.

El no se veía feliz, trató de ser amable y le alcanzó una copa (por un tiempo, todo fue silencio y miradas bajas). La pausa se cortó con su voz (grave), diciendo algunas cosas, pidiéndole cambiar su decisión, pero Ross no lo iba a hacer. Empezaron a gritar, discutían y sus gritos rebotaban en las paredes, nadie los oía, estaban solos, porque esa casa de campo quedaba lejos, muy lejos de la próxima. Solos porque siempre estuvieron así, solos aún rodeados de gente.

Ross terminó su copa y se arremolinó en el sillón, él retrocedió, abatido, desconcertado, quiso irse y no lo hizo, no podía hacerlo, debía quedarse y vencerla. Ross empezó a reír al ver su rostro desconcertado, se sacó los zapatos, subió los pies y encendió un cigarrillo. Echada en el sillón disfrutaba su triunfo.

Si, te dejaré -le decía- gozando al ver la pena que le causaba. Al verlo impotente, con las manos crispadas, comprendió porqué le era repulsivo, y supo que lo odiaba.

De pronto, Ross sintió pesados sus párpados, trató de pararse y se sintió torpe. Volteando le preguntó: ¿qué has puesto en la copa? Abrió la puerta, dio dos o tres pasos hacia el teléfono, antes de derrumbarse en medio de la sala. Él siguió mirando desde el estudio, se acercó, sintió que respiraba, la cargó, la llevó a la piscina y la lanzó. El resto es conocido, en la mañana llamó a la policía y la sacaron.

Bien (dijo Martin reflexivo) analicemos esto: si dices que fue envenenada, ¿por qué en la autopsia no descubrieron nada?

¿Envenenada? (se sorprendió Jack) yo no dije que fue envenenada, narcotizada más bien.

¿Narcotizada? -preguntó Martin-. ¿narcotizada con qué?

Hace poco descubrieron un narcótico muy poderoso, su efecto es rápido y potente, luego desaparece de la sangre en unas horas. ¡El narcótico perfecto! -exclamó Martin- no deja rastro.

No, no tan perfecto -lo interrumpió Jack- luego de ingerirse, los dedos se oscurecen un poco, pero ella, ella fumaba mucho, ¿recuerdas?

Sí, Martin lo recordaba ¡claro que lo recordaba! ¿Cuántas veces no había quemado su ropa al prender uno?

Se miraron un momento. Martin percibió la tristeza de sus ojos, sintió que Jack se hundía más y más en la agonía, una agonía absurda, absurda como muchos actos humanos.

Jack, Jack, ¡acepta su muerte! Ross ha muerto; por un accidente, fue el destino quien nos la quitó, tu relato es insostenible, no podemos buscar siempre culpables a nuestras tragedias. ¿Insostenible?, ¿absurdo?, ¿quieres decir falso?,

¡no!, es tan cierto como tú y yo, no es claro, no es lógico, pero es que todo, su muerte, tú aquí... yo hablándote... ¡todo es absurdo! dijo esto, y calló un momento, (como pensando en algo) repentinamente volvió a hablar.

Puede sentir la angustia, una desesperación que lo oprime y no lo deja pensar; la vio caer en la sala, ¡no podía dejarla ir! no quería que todo terminara así! Comprendió que matarla era su única salida, no lo había pensado antes, pero era la única forma de retenerla, matándola la perdería menos. Decidió hacerlo, ¿pero cómo? ¿violencia o un robo? No, habría investigación y vendría la prensa, la maldita prensa. Prendió un cigarro, abrió la puerta y salió a pensar, allí, vio la piscina y lo decidió, entró y la llevó al borde, de pronto recordó los zapatos que dejó en el estudio, los trajo, se los puso, y la arrojó lo más lejos posible, luego se alejó.

Bueno Jack, admitamos tu absurda hipótesis (dijo Martin sonriendo) no fue

un accidente, sino que la mataron por celos. No, por celos no, tal vez llevaba tiempo, años compartiéndola y no le molestaba hacerlo, quizás así debía ser, pero no soportó saber que lo dejaba (y con quién), por eso la mató y luego juró vengarse de quien lo obligó a hacerlo.

Jack calló bruscamente. Martin tomó su brazo y le preguntó: ¿tú lo hiciste? Jack, sorprendido, sólo alcanzó a decir dos o tres frases entrecortadas.

¿Crees que fui yo, aquel que enloquecido, perdió la noción de todo cuando sintió que definitivamente la perdía?

Tal vez sí, tal vez no, ¡pero su muerte no fue un accidente!... pero creo que eso ya no importa.

Al terminar, Jack (mirando a Martin) dijo: ¡sé que no dirás nada! Como ya era tarde, se despidió. ¡Buenas noches!, ah... ¿sentiste un poco ácido el vino?, no te preocupes: ¡es una cosecha especial! Y, sonriendo, volteó.

D&S